

EL SUPLEMENTO LITERARIO DE LA VERDAD (1980/81), UNA COLABORACION ILUSIONADA DE DON MARIANO

HAY que recordar, habiéndolo conocido, el páramo de letra impresa que el año 1980 era en Murcia, para hacerse una cabal idea de lo que el Suplemento Literario de *La Verdad* vino a suponer para la mayor parte de los escritores noveles en esta Región. Una esperanza, la de obligar a renacer las siempre dormidas ganas de leer de los murcianos; una ilusión, verse por primera vez «en los papeles»; ésas, más o menos, eran las ideas de todos los que en dicho Suplemento participamos, desde que Salvador García Jiménez, liberal y abierto, nos llamara para colaborar. Don Mariano tardó algunos meses en enviar su primer artículo, pero cuando lo hizo pudimos apreciar que en sus envíos había tanta ilusión como la nuestra de primerizos. Incluso al final, cuando tras un año y poco más de vida, el Suplemento, acusado de excesivo cultismo, murió; él mismo sintió como nosotros que nos habían quitado algo. Cuántas veces, cuando ocasionalmente, iba a visitarle a su despacho para llevarle mis primeras publicaciones, me preguntaba qué se sabía del Suplemento. En su tono se advertía fácilmente la secreta y profunda esperanza de que su desaparición no fuese sino un pasajero desmayo ocasional, una reestructuración próxima a cumplir su ciclo. El añoraba ciertamente aquel privilegio de letra impresa dominical que a la Literatura se le dio en aquel bienio 80/81, y lo añoraba tanto como cualquier componente del equipo formado por García Jiménez; Salvador fue, por cierto, quien al alimón con Lorenzo Millares —alumno dilecto de don Mariano, tan hermanado con él en querencias musicales— acudió a su despacho para solicitarle la primera colaboración.



No puedo dejar de referir aquí la grata sorpresa, por lo humana, que para mí fue la ocasión en que sabiendo que yo habría de acudir a su clase en la Facultad (había yo iniciado un «reciclamiento» académico tratando de conseguir la Licenciatura en Hispánicas) me confió el original, antes de entrar en el aula, de su artículo «El Romanticismo, ordenado». El descubrimiento de que la mecanografía no alcanzaba, como la mía, mínimos de suficiencia —debo advertir que ignoro si era la suya propia—, y que las correcciones a mano salpicaban todo el escrito, me hermanaron grandemente con aquel hombre aparentemente distanciado, pero que sin embargo supo estar abierto a esa rara afectividad docente que lo caracterizaba. Aquella hora lectiva la empleé en leer, en privilegiada exclusividad de original mecanografiado, el artículo. Entre el pasmo que la descomunal tarea de recensionar el IV tomo de Alborg me producía, y la grata constatación de que la mecanografía perfeccionista no es condición de los mejores, pasé los cincuenta minutos más gratos de aquellas mis efímeras vueltas a las aulas.

En el primero de sus artículos en el Suplemento, «Hablar en verso, hablar en prosa» (19-X-80), el Profesor Baquero desarrolla el bosquejo histórico de las relaciones entre prosa y verso, desde la convencional naturaleza del verso octosilábico como prosa en Tirso de Molina, hasta el prosaísmo versificado de Rubén, o la poesía prosificada de Campoamor, pasando por el «ritmo franciscano» del párrafo de Guevara, o el sorprendente efecto rítmico, descubierto por nuestro homenajado, en Azorín.

En «El Romanticismo, ordenado» (16-XI-80) asistimos al total acuerdo inicial con todos los planteos de Alborg. Se aplaude el desdén por la cronología del autor del libro reseñado, a quien apoya «al tomar partido en no pocos casos y al no evitar ciertas polémicas cuestiones». No obstante, hay reproches, como el de no dar la debida importancia al costumbrista ilicitano Antono Flores. Apunta aquí el Profesor una cuestión importante: ¿el costumbrismo es un género, o un «tono»? y apoya nuevamente a Alborg en la importancia concedida a este movimiento como base de la inmediata novela realista.

Según lo expuesto en «Credibilidad novelesca» (14-XII-80), del sambenito semántico de mentira adjudicado al adjetivo novelero en nuestra lengua es responsable la novela de caballerías del XV y XVI: «el novelista es un mentiroso aceptado socialmente», se lee en el artículo. Pero, hic est Perspectivismo, para el Profesor Baquero, «de no creer éste (el novelista) en lo que nos está contando, difícilmente creará el lector». De «incredulidad creíble» califica el juego de verosimilitudes que Cervantes practica en el Quijote. Como colofón, se atribuye el vigente éxito de «El señor de los anillos» de Tolkien, a este efecto de credibilidad del creador.



«No es poca gloria para un escritor la de haber quedado asociado universalmente al tono y sabor de los días navideños», dejó escrito en el cuarto de sus artículos («Dickens y el espíritu de la Navidad», 4-I-81), un homenaje al realismo victoriano, haciendo hincapié en su relación —«juguetizada»— con la literatura de los niños.

No era Don Mariano insensible al mundo de la moda literaria, siempre existente; su artículo «Magdalena con té, o volver a leer» (18-I-81), glosa la resurrección de la novela de aventuras (Verne, Salgari, Conrad...). La explicación que para este fenómeno socioliterario se ofrece es la misma que para la «memoria inventada» maneja Proust en su famoso pasaje. No importa la peripecia aventuresca de la novela en cuestión, sino como motor que en el lector evoca «... unos años de colegio, o de instituto, de unas primeras experiencias juveniles...».

Sobre «uno de los dones literarios de más misteriosa distribución» versa «El arte de titular» (25-I-81), inducido por un trabajo del Profesor Martínez Arnaldos en *Monteagudo*, número 71. Desde la despreocupación de Hita o Talavera por tal asunto, pasando por la función de atraer al público que las comedias del XVII confirieron a sus títulos, otorgando tal misión a refranes, estribillos, proverbios...; y que lograron traspasar a la novela hasta en la titulación de los capítulos, nota cervantina cien por cien, asistimos al devenir histórico de tal menester. Por cierto, el Profesor Baquero reprocha al escritor alcafaño «el poco cuidado que tuvo» en la titulación de sus episodios. Pero es el Romanticismo quien hace arte del título, y es Pedro Antonio de Alarcón el rey de este «arte menor».

La última aportación baqueriana al Suplemento fue «La poesía de Sánchez Rosillo: redescubrimiento de la claridad» (14-VI-81). Particular alegría supuso sin duda para nuestro Profesor la aparición de la poesía del que fuera su alumno, integrante, entonces y hoy, del Departamento de Literatura de la Universidad murciana. La belleza y la soledad son para él los motivos dominantes en la poética de Eloy, sostenidos por «una hermosa fusión de paisaje, narración, drama y lirismo».

